

F. 1232
D.L.
V. 3



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



PREFACIO

El libro que hoy sale á luz, debido á los laboriosos y en verdad beneméritos esfuerzos del Sr. D. Angel Pola, tuvo por autor á uno de los hombres más insignes que ha producido la nación mexicana, á un liberal exaltado, á un hombre bueno, á un patriocio excelso, á un hombre de estado sagaz, firme y animoso. El que suscribió las páginas que hoy se editan, suscribió, asimismo, nuestras inmortales leyes de Reforma, suscribió también los notables discursos cívicos, en que convirtió la tribuna en cátedra de la democracia y del progreso. El espíritu selecto que concibió y coordinó los conceptos de esta obra, fué el mismo que dió forma de ley al osado pensamiento de separar la Iglesia del Estado, el mismo que,

en sus juveniles años, contempló ávido de saber la culta Europa, el mismo que se amamantaba á diario en los escritos de los profundos pensadores del siglo XVIII, el mismo en quien el amor á la verdad y al bien convergían en un solo punto, como las luminosas líneas de un ángulo que sondean el infinito.

Muy notable y precioso legado para las generaciones venideras es cuanto ha destellado tan prodigioso y soberano espíritu. El Sr. D. Melchor Ocampo, hombre de acción á la vez que hombre de estudio, lexicógrafo á la par que botánico, agricultor y al mismo tiempo Ministro de Estado y Gobernador de la provincia en que naciera, abarcó múltiples y variadas comarcas de la actividad humana, y en todas ellas su planta de gigante dejó huellas perceptibles é imborrables.

Ese insigne michoacano fué uno de los pensadores más osados, más originales, más independientes, y al evocar su augusta figura ocurre preguntar: ¿cuál fué su filiación psíquica? ¿cómo, el medio en que creció y se desenvolvió, contribuyó al auge

de sus facultades? Nada es más interesante en la historia, ni de más trascendencia para el progreso de las sociedades, que el advenimiento de un hombre de genio; hase dicho, con razón, que sin la veintena de hombres extraordinarios que han destellado, creando esas maravillas que se llaman la ciencia y el arte, la humanidad gemiría aún en las tinieblas de la barbarie. Por otro lado, Taine, el profundo y sagaz analizador, nos asegura que el hombre de genio es producto del medio ambiente, así físico como moral é intelectual.

Muy interesante fuera, en verdad, considerar desde tan alto punto de vista la génesis y desenvolvimiento de tan gran mexicano. Mas no es ciertamente á mí, humilde prologuista de esta obra, notable en primer lugar por ser suya, á quien compete tarea tan ardua. Habré, pues, de limitarme á trazar, á grandes rasgos, los lineamientos de tan excelsa mentalidad,

En este libro, como en todo lo que escribió la mano firme del Sr. Ocampo, domina, en primer término, la ori-

ginalidad, el afán de saber, la despreocupación y libertad de espíritu que le emancipa de todo convencionalismo de escuela, de todo principio aceptado *á priori*, y le hace caminar por rumbo, al parecer azaroso, hacia lo que la experiencia y la razón, en sublime consorcio, comprueban.

Ni en este libro, ni en ninguno de los otros firmados por el Sr. Ocampo, encontrarán los lectores disertaciones prolijas, citas pomposas ni presuntuosos alardes de erudición, no; sus obras son sencillas como los productos de la Naturaleza en calma, su estilo es llano como las hermosas praderas de la tierra michoacana, sus conceptos definidos y regulares como las corolas de ciertas flores, en cuyo estudio se complacía tanto el ilustre botánico. Con razón Leclerc asentó que el estilo es el hombre; el Sr. Ocampo, en sus obras, como en su vida, se presenta sin afeite, sin exterioridades pomposas; no busca en la palabra sino el medio de expresar los conceptos y no el fastuoso oropel con que tantos pseudopensadores procuran disimular su desnudez de ideas.

Advierte el menos perspicaz la filiación histórica del Sr. Ocampo. Fué un enciclopedista: D'Alembert, Diderot, Rousseau, Voltaire, Buffon, Montesquieu y otros grandes escritores franceses del siglo XVIII, nutrieron su espíritu, y él fué el vigoroso continuador de aquellos innovadores atrevidos que tanto impulsaron el progreso humano. Fué, como D'Alembert, hijo del amor; mas no fué su progenitora una cortesana sin entrañas, que abandonara en el pórtico de una iglesia, el tierno fruto de sus deslices, destinado á ser uno de los más preciosos miembros de la humanidad; sino una dama virtuosa, caritativa y opulenta, llena de afecto maternal y que infundió en su ilustre hijo el amor al prójimo, la ardiente caridad y el desinteresado afecto que hicieron tan benéfica la vida de ambos.

El Sr. Ocampo seméjase á Diderot por la audacia con que afronta las más delicadas cuestiones sociales, por lo fino de sus análisis, por lo intencionadamente irónico de su frase, nunca cáustica, ni aun incisiva; mas, á las veces, finamente punzante como el aguijón de la abeja ática.

De Rousseau, el apasionado ginebrino, tiene el Sr. Ocampo aquel amor á la Naturaleza, aquella afición á la vida del campo, aquel gusto y aquella inclinación al estudio de las plantas, esas hermosas y delicadas criaturas, decoro de la tierra, perfume y colorido de la existencia, rico manantial de riqueza é inagotable venero de preciosos bálsamos que mitigan los dolores á que está sujeta la caduca naturaleza del hombre.

Mas el afamadísimo autor del "Contrato Social" no comunicó al Sr. Ocampo las galas á menudo postizas del estilo. En el Sr. Ocampo la sensibilidad era innata, tierna, profunda, y en admirable armonía con sus grandes facultades, que jamás alteró, sino á las cuales imprimió el sello de bondad que circunda la vida toda del Sr. Ocampo, á modo del luminoso nimbo que corona la cabeza de los bienaventurados.

A Voltaire, el cáustico pensador francés, debió el Sr. Ocampo la agudeza notable de su ingenio y sus tendencias netamente revolucionarias; en la áspera frase, en la intencionada *verba*, en la ironía festiva é inago-

table del autor de *Cándido*, adquirió nuestro repúblico, sin duda, la serenidad verdaderamente filosófica de su pensamiento y la intención netamente revolucionaria que caracterizó su vida.

Los cimientos del vasto edificio intelectual del michoacano incomparable debieronse, sin duda, al más ilustre de los pensadores franceses del siglo XVIII, al gigantesco Montesquieu. ¿En dónde, sino en el profundo "Espíritu de las Leyes," en las bien concebidas "Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los Romanos" y en las espirituales "Cartas Persas" pudo encontrar mejor molde el Sr. Ocampo para vaciar sus originales ideas sobre legislación, sobre estructura social, sobre evolución histórica, sobre formas de gobierno?

Muy lejos de nosotros está el error de asentar que el Sr. Ocampo se hubiese limitado á ser el eco de aquellas atronadoras voces, que, á fines del antepasado siglo, produjeron la formidable Revolución Francesa, ese depurador y tremendo cataclismo que un filósofo incomparable ha ape-

llidado la Gran Crisis. No, lo hemos asentado repetidas veces, el Señor Ocampo fué ante todo y sobre todo un espíritu original y aún en alto grado original; mas original no quiere decir espontáneo y sin antecedentes, pues en la Naturaleza, así en lo físico como en lo moral, todo está enlazado á lo que precede y á lo que sigue, y el genio del pensador recorre, sin poderlo evitar, y sin darse cuenta de ello, las huellas de sus predecesores, como la mole colosal del astro traza en las concavidades del espacio, una trayectoria, que impulsiones anteriores marcaron.

Por tanto, nuestro aserto redúcese á lo que sigue: los enciclopedistas franceses orientaron el vasto espíritu de nuestro compatriota; mas él siguió aquella orientación con la originalidad que le imprimía su personalidad bien acentuada. Desde luego su espíritu realizó, en síntesis maravillosa, las varias tendencias de sus autores favoritos: asoció felizmente la profundidad de Montesquieu á la superficialidad de Voltaire, la concepción de Diderot al sentimentalismo de Juan Jacobo, y superó á todos

ellos, porque fué lo que ellos no llegaron á ser, es decir, hombre de aplicación y de acción, que supo adaptar á este país aquellos conceptos exóticos, y tuvo el conjunto raro de prendas morales necesarias para convertir en hechos vivaces y llenos de vitalidad, las doctrinas revolucionarias.

Y la excelsa fábrica intelectual del Sr. Ocampo descansaba, como en áureo cimiento, sobre un fondo tan grande de bondad y amor al prójimo, que hacen de este hombre admirable, por su inteligencia y por su carácter, una personalidad venerable y digna del más acendrado amor por su ardiente caridad y por sus altas virtudes.

¡Y pensar que en execrable y horrendo día, el tigre sanguinario de alma fabricada con tenebrosos odios, se lanzó con traición alevosa sobre aquella noble víctima, cuya alma entretejieran con lumíneos rayos las más egregias virtudes y las ideas más radiantes! ¡Pensar que el hombre de Estado, consumada la obra de regeneración de su patria, fué sorprendido en la finca de campo en que á manos llenas prodigaba el bien,

y fué impiamente inmolado! ¡Ah! condenemos á eterno silencio el nombre del verdugo, indigno de mezclarse, ni aún por fatalidad histórica, al inmortal y bendecido nombre de su víctima.

Tal es, á grandes rasgos, el bosquejo del grande hombre, autor de las páginas á que estas mis humildes frases sirven de prefacio. ¿Qué son en sí mismas tales páginas? La época agitada en que el Sr. Ocampo vivió, las múltiples y muy diversas tareas á que consagró su vida, pues ya era el agricultor pacífico, ya el hombre de Estado activo é innovador, no le permitieron gozar de esa serenidad de espíritu, de esa continuidad de esfuerzos que las labores científicas reclaman; y sin embargo, en los verdaderos escarceos que ejecutar podía para cultivar las letras ó propagar la ciencia, de que es fruto este precioso libro, saltan á la vista sus grandes cualidades de escritor y sabio.

Como hombre de letras admirarán los lectores de este libro la tersura, limpieza y sencillez del estilo, intencionadamente de gala churrigueresca, de todo adorno de mal gusto.

Como hombre de ciencia, resaltan en los artículos aquí incluídos las cualidades del observador paciente, del investigador laborioso, del pensador discreto y sensato, que no se deslumbra con los vanos fulgores de inmaduras teorías, sino que busca tenazmente la verdad, apartando con mano cautelosa y firme los obstáculos que de ella nos separan.

Reciba, pues, el público mexicano, no con benevolencia, sino con agradecimiento, el rico contenido de estas breves páginas, pues es augusta reliquia de uno de nuestros más grandes pensadores y del mártir más puro de nuestras libertades. Gracias á este libro y á los otros dos, que, con laboriosidad verdaderamente plausible, ha editado el Sr. Pola, el Sr. Ocampo ha resucitado, completamente del calvario de Tepeji del Río, y vive en nosotros y con nosotros la inmaterial y perdurable vida de la subjetividad. El Sr. Ocampo alienta en nuestras instituciones, vive entero en las prácticas liberales, y este precioso libro contiene, como valioso legado, lo que sobre ciencias y bellas letras pudo trazar, en los contados

momentos en que gozaba de reposo,
la mano vigorosa que firmó las Leyes
de Reforma.

PORFIRIO PARRA.



EN PEREGRINACIÓN,
DE POMOCA A TEPEJI DEL RIO.

Al Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal, amigo y compañero de Melchior Ocampo en el Congreso Constituyente de 1856 y 1857.

PATEO

Por la vía troncal del Ferrocarril Nacional Mexicano, que parte de la ciudad de México, y en el kilómetro 205, llégase á la estación de Pateo, formada de un pequeño edificio de cal y canto, casi un cubo, con techumbre laminada, en forma de caballete.

Un amplio y desnivelado camino arcilloso, de dos kilómetros, une la estación con la hacienda del propio nombre, la cual destaca sobre una colina, entre los cerros de San Miguel el Alto y Paquizihuato, presentando, al primer golpe de vista, los altos muros blancos, de su

perímetro, coronados por los aleros de las casas, el campanario de la capilla y el follaje tupido de la arboleda.

Frente á la puerta principal aparece, tras pequeña verja, un jardincito limitado en uno de sus extremos por el departamento administrativo; en el otro, por un mirador y la sala, y en el fondo por el ancho corredor que sirve de atrio al pabellón del edificio central.

En uno de los ángulos del corredor hay una piececita de cinco metros de latitud por seis de longitud, que tiene paso en su fondo y uno de sus costados hacia dos recámaras. La puerta de entrada presenta en una de sus hojas y á la altura de un metro, un orificio circular de dos centímetros de diámetro, cubierto por un cristal, y por el que don Melchor Ocampo vigilaba la carretera, á fin de evitar á tiempo el peligro que lo amenazase, desapareciendo súbitamente por un escotillón abierto á corta distancia de sus plantas y que comunica por un subterráneo escalinado en su principio y cuyo término se ignora. El escotillón, construido bajo el lecho, quedaba oculto por la alfombra.

El edificio, hermoso de puro sencillo en su estilo, de arquería de medio punto y esbeltos pilares en sus corredores del interior, ha venido siendo ceñido desapiadadamente por cons-

trucciones modernas, entre las que resaltan la capilla y los graneros. Inmediato á la primera hay un jardín extenso de simétricas avenidas y desvanecidos camellones, sombreado eternamente por multitud de altos cedros, fresnos, eucaliptus y árboles frutales de variadas especies, todos plantados por las propias solícitas manos del señor Ocampo.

Existen como testimonios vivientes de nuestra narración, los servidores José Dolores Gutiérrez, Benito Campos, Epigmenio Moreno y Tomasa X., empleados todavía en la hacienda. Referen llenos de ternura, que el antiguo amo despertaba con el día, se entregaba invariable y pacientemente á las labores de campo, prefiriendo las de floricultura y plantación de árboles raros, alternando estos trabajos con empresas de mejoras, el estudio á que se dedicaba con afán y la inquebrantable vigilancia ejercida sobre la servidumbre, en cuyo bienestar estuvo siempre interesado, acudiendo cariñoso, ora con auxilios pecuniarios cerca de los pobres, ora con medicinas á la cabecera de los pacientes, haciéndose acompañar del doctor Patricio Balbuena, radicado en Maravatio, cuando el caso lo requería, y si era trivial, juzgaba suficiente su ciencia.

Campos, que raya en los setenta de edad, de-

cíanos, al repreguntarle si había tratado mucho al señor Ocampo:

—Sí, señores: ¡pues si aquí comencé á ganar medio con él!

—¿Y es verdad que se portaba bien?

Y, en vez de contestar él solo, á una voz nos respondieron los cuatro viejos y fieles sirvientes:

—Sí, como un santo; pero harto bueno, harto bueno.

Así es que, entrevistados sucesiva y juntamente, y practicados entre ellos algunos careos en los puntos discordantes de sus relatos, siempre convinieron en que aquel amo fué un hombre de bien á carta cabal, asiduo en el trabajo, estudioso infatigable, con especialidad en la Historia Natural, la que procuraba llevar á la práctica en sus teorías más modernas y elevadas, introduciendo en su jardín botánico plantas exóticas de flores y frutos primorosos, como los pudimos apreciar, al designarnos estos testigos, cedros, matas de cramelias, arrayanes de corte caprichoso que señalan los lindes del terreno y bordan los prados, presentando un conjunto boscoso, perfumado é interesante, lo mismo en las rotondas, cerca de las fuentes, como en los rincones más apartados y umbríos, entre los cenadores de atavíos primaverales.

Se distingue en este jardín la principal avenida, que arranca de un gran enverjado y confina en el fondo oscuro de la vegetación que viste la tapia que cierra el perímetro, señalada esa avenida por árboles añosos de cedro, de que penden lama y heno, testimonios de su vetustez. Las semillas de tales plantas fueron depositadas en la tierra por las mismas manos del señor Ocampo, que veló por su germinación y desarrollo.

POMOCA.

[Hoy Hacienda subterránea].

Pateo, de la propiedad de don Pedro Rosillo en 1743 y después de doña María Francisca Javier de Tapia, pasó á ser del señor Ocampo, su hijo, á la muerte de esta señora, hasta que, en la imposibilidad de proseguir conservando la hacienda, por razón de los muchos gravámenes contraídos en el ejercicio de la más pura caridad, calificada por él como derroche, vióse obligado á fraccionarla, reteniendo la parte designada Rincón de Tafolla y enagenando la otra á don Claudio Ochoa, quien, posteriormente, la vendió á los señores Sotomayor y éstos á su vez á la viuda de don Ángel Lerdo, que es la propietaria en el presente.

Dueño el señor Ocampo de la fracción Rincón

de Tafolla, se fué á vivir en unas tiendas de campaña, que fijó en el punto donde dió principio á la erección de la hacienda, que él mismo bautizó con el nombre de Pomoca y que, como se sabe, es el anagrama de Ocampo.

Terminada, en parte, la obra material de la moderna Pomoca, estableció allí su residencia y puso en práctica sus tendencias, enriqueciendo el lugar con un parque de piñones, olivos, cedros y el arbusto rarísimo de la cruz, idéntico al que existe en el convento del mismo nombre, en la ciudad de Querétaro. Aprovechando una quebrada del terreno, hizo un estanque para baños y otro para la procreación de peces, en forma circular, y con un jardín de aclimatación en su centro. Introdujo el agua, trayéndola de muy lejos en una bien construída cañería.

Se ve aún, como islote, un prado ricamente provisto de plantas de valor científico. Se entra en esta estancia por una avenida de cedros del Libano; y comunicando de la casa á un baño, tupidamente cubierto de plantas trepadoras, veíase una callecita estrecha y ondulada, bajo palio de enredaderas de fragancia indecible, que bajaban á trechos sus ramas cuajadas de hojas, hasta ocultar los asientos de mampostería.

Si á tal cuadro se añade la riqueza del arbolado, que abraza y esmalta el lugar, se comprenderá el interés que despierta en el ánimo del viajero el examen de las variadas especies de árboles frutales, de los frondosos olivos, los piñones y los sauces.

De la obra material no quedan sino desolación y ruinas, hechas por la mano del hombre, que parecen protestar contra el olvido, la incuria y la irrespetuosidad de la ignorancia. Sólo se contemplan, abriéndose paso entre breñales, los muros carcomidos y agrietados de diez piezas, rodeadas de una superficie cascajosa, en los cuales crecen hierbas y arbustos, y se abrigan sabandijas.

El terreno es una ladera, cerca de San Miguel el Alto.

VENTA DE POMOCA

[Hoy Pomoca]

Allá abajo, en un erial, á poca distancia del punto de bifurcación del camino real de Toluca á Maravatío, está la venta llamada de Benito Tapia en época remota; después, de Pomoca, y ahora, Pomoca á secas: teatro del drama que terminó en tragedia en Tepeji del Río, y duró del 31 de Mayo al 3 de Junio de 1861: teatro de otra pasión como la del Redentor,

que tuvo su vía crucis y su calvario: esta es la primera estación.

Pomoca es una hostería de dos patios, grande el uno, con cuartos á sus costados y la parte posterior de su frente, y pequeño el otro, que es la caballeriza y el abrevadero. Fuera, el caserón tiene portal amplio y alto, y una llanurita hasta el camino real. En su lado izquierdo, pared por medio, edificó el Mártir su hogar, cuyo trazo es un paralelogramo estrecho y su fachada la continuación de la fachada de la hostería. Aquí hay dos ventanas bajas, sin barandales, pertenecientes á la sala, que hacen juego con otras tantas puertas, hacia el interior: una de las cuales abre paso al dormitorio del señor Ocampo, siendo una de sus paredes la divisoria de la hostería, y la otra puerta da al corredor, cuya forma es la de una escuadra de ramas muy desiguales, abarcando la menor la mitad de la longitud de la sala, pues que la otra mitad, como prolongada por adentro, forma el dormitorio, en donde, sobre la mesa de noche, nunca faltaron libros junto á la vela. Este tiene una ventana por el corredor y una puerta por un pasillo, que conduce á lo que era biblioteca y laboratorio del sabio. Del patio grande de la hostería recibía luz y ventilación. En el departamento, además de los libros, muchos

buenos y raros, había un herbario tan rico y costoso como la misma biblioteca, una selecta colección de conchas, recogidas unas durante el destierro en Nueva Orleans y otras en Veracruz; animales disecados, ejemplares teratológicos, esponjas; planos y mapas, algunos obra de su pulso; esferas terrestres, celestes y armilares; hornillas, redomas, sopletes y balanzas de precisión; microscopios, botiquines y estuches de matemáticas. Ahora el hollín tapiza las paredes y el techo y, tapiada la ventana, la luz ha huido del recinto.

Al dormitorio siguen en línea recta el aposento de las señoritas Josefa, Lucila, Petra y Julia, sus hijas adoradas, y de doña Ana María Escobar, respetada y obedecida; luego, inmediato, el comedor; después, la cocina, que ocupa el otro lado pequeño del paralelogramo, con un costado libre, que es el paso del corralito denominado de «Las Gallinas,» en el que había un subterráneo para ocultar ropa, dinero, alhajas y hasta personas. Uno de los muros del corralito lo forma la espalda del comedor y la cocina, otro muro es el mismo del jardín; y tiene por éste, á flor de tierra, una puertecita secreta de escape.

El jardín era la delicia del señor Ocampo. Las cuatro paredes que lo cierran desaparecían

bajo la cortina de verdura de unos membrillos enfilados, de duraznos, de perales, de capulines, de manzanos, de albaricoqueros, de higueras, de sauces. Había frutos de todos tamaños y sabores, y flores de todos colores y fragancias. Había hasta ochenta especies de claveles y muy variadas de alelies, rosas y dalias; ingertos admirables; árboles gigantescos que producían frutos diminutos y árboles enanos que daban frutos enormes. Aquel lugar parecía un paraíso: había de todos los frutos y las flores de la tierra, formando lindos bosquecillos y camellones de figuras caprichosas. ¡El sabio naturalista se burlaba con su genio de la uniformidad de la madre naturaleza! ¡Variaba los colores de las flores, cambiaba los sabores de los frutos, les daba forma, hacía los tamaños! Y el agua límpida, fresca y rumorosa, discurrendo en mil líneas y vueltas por el jardín, transfundía la vida á aquel mundo vegetal. A este sitio delicioso, en cuyo centro había un cenador perpetuamente sombreado por plantas trepadoras, ocurría de diario el Reformador, y con el pantalón remangado, en chaleco y cubierta la cabeza con una cachucha, tomaba el azadón ó la pala, el rastrillo ó el zapapico, y abría y esponjaba la tierra, ora para distribuir el agua en hilos delgados, ora para depositar la simiente

de plantas medicinales valiosísimas, cuyo secreto curativo se llevó consigo.

En tal tarea le acompañaba un mocito de nombre José María Hernández, hoy anciano, quien, al invocar ahora el recuerdo del amo, nos ha dicho con la voz anudada y los ojos arrasados de lágrimas:

—Era un buen caballero y un buen señor; pues, como ninguno, auxiliaba á los pobres.

En la fachada, cerca de los marcos de las ventanas de la sala, hay señales hondas de balazos. Cuentan que una gavilla hizo una descarga en esa dirección, para aprehender á un hombre que huía. En las hojas se conservan todavía unas claraboyitas, por donde el señor Ocampo espiaba el camino.

La sala, desnuda, guarda unos utensilios, arrinconados, cubiertos por una sábana suspendida de pared á pared á lo ancho. Aquí, los sábados, bajaban de San Miguel el Alto los carboneritos, y luego que realizaban su mercancía en Maravatio y las haciendas comarcanas, entraban derecho, sin otro pase que el buenos días, así como iban: con ese descuido que mueve á risa y toca el corazón; y tomaban asiento cual si fuese aquella su casuca, y cogían un periódico de entre los muchos que había sobre la mesa del centro y muy serios

se ponían á leer, como si estuvieran enterándose á pechos de la política. Y no: los pobrecillos delectaban, repasaban la lección del otro sábado, dada con empeño paternal por el amo, que también leía ante ellos. Parécenos que estamos viéndole con aquel su semblante todo de bondad y amor, aquellos sus ojos hermosos de puro apacibles, aquellos sus labios que rebosaban energía y mansedumbre, su cabeza apolínea de cabellera suave y ondeada, sus maneras refinadamente nobles, su alta frente espaciosa, su voz clara y dulce. Terminada su clase de instrucción primaria, hablaba á sus discípulos humildes, como Jesús á su grupo de pescadores.

—No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí. No juzgues y no serás juzgado. Dar es mejor que recibir. Perdona y serás perdonado. El que se humilla será exaltado, el que se exalte será humillado. Ama á tus enemigos, has bien á los que te aborrezcan.

Y esto, predicado en aquella comarca, desolada y lúgubre, especie de Galilea hace tiempo, lo repiten al pie de la letra los iniciados supervivientes en los misterios de aquella sinagoga, como enseñanza del Evangelio. ¡Cómo no había de ser el Evangelio, si Ocampo fué doctor de la ley! ¡A sí llamaba siempre á

los humildes! ¡A él acudían en las aflicciones de la carne y del espíritu para hallar alivio!

Esa mañana que visitamos á Pomoca, nos causó indignación y tristeza el ver salir de unas trancas al ganado del dueño actual. Uno tras otro pasaban indiferentes y perezosos los animales, con la cabeza recta, tambaleándola, los ojos soñolientos, rumiando todavía. Un toro, negro como el azabache, hizo alto en el desfile y se puso á oler fuertemente un trecho de tierra, en seguida mugió y comenzó anheloso á llorar. Retiróse á carrera, como para participar del dolor á sus compañeros, volvió luego, y olía rastreando el bello, rascaba tierra, azotaba la cola en su trasero y, abriendo tamaños ojos, mugía y lloraba inconsolable. Otros animales acudieron en tropel y apenas olían ese pedazo de tierra, también mugían y lloraban, y venían otros, y otros más, hasta formar un círculo apretado de dolientes que sollozaban.

El sitio que abandonaba el ganado era el jardín del señor Ocampo, el gran jardín, que siempre causó delicia á su hacedor. De él sólo quedan el trazo del cenador y los membrillos, un sauce y el árbol de la estrienina, que parecen arrastrar una vida de hastío desde la muerte de quien los velaba. Lo demás es tie-